La Estrella y los Magos
NO. 1698

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 24 DE DICIEMBRE, 1882,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

"Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle...Ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo."
Mateo 2:1, 2, 9, 10.

¡Vean, queridos amigos, la gloria de nuestro Señor Jesucristo aun en Su estado de humillación! Nace de padres humildes que lo acuestan en un pesebre y lo envuelven en pañales; pero, ¡he aquí!, los principados y potestades en los lugares celestiales se encuentran en un estado de conmoción. Primero desciende un ángel para proclamar el advenimiento del Rey que ha nacido, y de pronto se le une una multitud de las huestes celestiales que cantan gloria a Dios. La conmoción no se redujo a los espíritus en lo alto, pues en los cielos que están arriba de esta tierra hay un revuelo. Una estrella es comisionada en nombre de todas las estrellas—como si fuese la enviada y delegada plenipotenciaria de todos los mundos—para que las representara ante su Rey. A esta estrella se le encomienda la tarea de esperar al Señor para que fuera heraldo Suyo ante gentes de comarcas lejanas, para que fuera el ujier que las guiara a Su presencia y el guardaespaldas apostado como centinela junto a Su cuna. La tierra se conmociona también. Los pastores han venido para rendirle el homenaje de la gente sencilla; llenos de amor y de gozo se postran ante el misterioso niño; y después de ellos, desde lejanas tierras llega la flor y nata de los varones de su generación, las mentes más ilustres de su tiempo. Completando un largo y arduo viaje, finalmente llegan también los representantes de los gentiles. He aquí, los reyes de Sabá y de Seba ofrecen dones: oro, incienso y mirra. Varones sabios, líderes de sus pueblos, se postran delante de Él y rinden un homenaje al Hijo de Dios. Cristo es honorable doquiera que esté. "Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso." En 'el día de las pequeñeces,' cuando no se le presta atención a la causa de Dios que permanece oculta detrás de cosas despreciadas, es, a pesar de ello, sumamente gloriosa. Si bien Cristo es un niño, es aun así el Rey de reyes; si bien está recostado entre unos bueyes, es aun así distinguido por Su estrella.

Amados amigos, si los sabios de la antigüedad vinieron a Jesús y le adoraron, ¿no deberíamos venir nosotros también? Mi ardiente deseo esta mañana es que todos nosotros rindamos homenaje a Aquel de quien cantamos: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado." Quienes hemos adorado por largo tiempo hemos de renovar nuestra adoración con una reverencia todavía más humilde y un amor más intenso. Y que Dios nos conceda—oh, que nos lo concediera—que algunos que están muy distanciados de Él espiritualmente, así como los magos estaban distanciados físicamente, vengan hoy y pregunten: "¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque venimos a adorarle." Que los pies que han estado acostumbrados a caminos anchos pero desacostumbrados a la senda angosta, tomen ese sendero en este día hasta llegar a ver a Jesús y postrarse delante de Él de todo corazón, encontrando en Él la salvación. Esos magos llegaron naturalmente, atravesando el desierto; vayamos nosotros espiritualmente, abandonando nuestros pecados. Ellos fueron guiados por la visión de la estrella; seamos guiados nosotros por la fe en el divino Espíritu, por la enseñanza de Su palabra y de todas esas benditas luces que usa el Señor para atraer a los hombres. Sólo hemos de ir a Jesús. Fue bueno venir al tierno niño Jesús guiados por los débiles rayos de una estrella; ustedes encontrarán que es todavía más bendito venir a Él ahora que es exaltado en los más altos cielos y que por medio de Su propia luz revela Su gloria perfecta. No se demoren, pues en este día Él clama: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."

Esta mañana procuraremos hacer tres cosas. Primero, *aprovechemos la luz de la estrella;* en segundo lugar, *recabemos sabiduría de estos hombres sabios;* y, en tercer lugar, *actuemos como sabios guiados por nuestra propia estrella particular.*

I. Primero, entonces, APROVECHEMOS LA LUZ DE ESTA ESTRELLA. Que el Espíritu del Señor nos capacite para que lo hagamos.

Yo supongo que cada uno de ustedes tiene su propio concepto en cuanto a qué era aquella estrella. Da la impresión que era algo completamente sobrenatural, y no una estrella o un cometa del tipo común. No era una constelación, ni una singular conjunción de planetas; no hay nada en la Escritura que sustente una conjetura semejante. Muy probablemente no se trataba de una estrella en el sentido en que ahora hablamos de las estrellas, pues vemos que se movía delante de los magos; de pronto desaparecía, y luego brillaba y volvía a moverse delante de ellos. No habría podido ser una estrella de las esferas superiores, como otras, pues tales movimientos no habrían sido posibles. Algunos han supuesto que los sabios andaban en la dirección en que la estrella brillaba en los cielos, y seguían los cambios de su posición, pero en ese caso no se habría podido decir que se detuvo sobre donde estaba el niño. Si la estrella hubiera estado en su cenit sobre Belén, habría estado en su cenit

sobre Jerusalén también, pues la distancia es tan corta que no habría sido posible observar diferencia alguna en la posición de la estrella en los dos lugares. Debe de haber sido una estrella que ocupaba un plano muy diferente del ámbito en que giran los planetas. Creemos que pudo haber sido una presencia luminosa en medio del aire, probablemente semejante a la que condujo a los hijos de Israel a través del desierto, que era una nube de día y una columna de fuego de noche. Si era vista a la luz del día o no, no podríamos decirlo. Crisóstomo y los primeros padres tenían una profunda convicción de muchas cosas que la Escritura deja en duda, pero como esos eminentes teólogos basaban sus afirmaciones en la imaginación, no estamos obligados a seguirlos. Ellos afirmaban que esta estrella era tan brillante que era visible durante todo el día. Si ese fuera el caso, podemos imaginar que los sabios viajaban de día y de noche; pero si sólo era vista de noche, el cuadro que tenemos ante nosotros se torna más singular y espectral al ver a estos orientales avanzando tranquilamente en su senda iluminada por la estrella, descansando *obligatoriamente* cuando el sol estaba en lo alto, pero apresurándose silenciosamente de noche a través de las tierras soñolientas. Estas preguntas no son de mucha importancia para nosotros, y por tanto, no nos detendremos largamente en ellas.

Pero aquí hay una primera lección: *si sucediera alguna vez que los hombres dejaran de predicar el Evangelio, Dios puede conducir a las almas a Su Hijo por medio de una estrella.* ¡Ah!, no digamos únicamente por medio de una estrella, sino también por medio de una piedra, de un pájaro, de una hoja de hierba y de una gota de rocío—

"Recuerden que la Omnipotencia
Cuenta con siervos en todas partes."

Por tanto, no te desanimes cuando te enteres de que un ministro ha dejado de predicar el Evangelio, o que otro está luchando contra la verdad vital de Dios. Su apostasía será para su propio perjuicio más bien que será un daño para Jesús y para Su iglesia; y, triste como pudiera ser ver que las lámparas del santuario están apagadas, Dios no depende de las luces humanas pues Él es la luz del Shekhiná de Su santa morada. Si las lenguas mortales rehúsan predicar Su palabra verán sus lugares remplazados por libros en los torrentes caudalosos y sermones en las piedras. El rayo de luz clamará desde la pared y la madera le responderá. Cuando los principales sacerdotes y los escribas se apartan del camino, el Señor comisiona a las estrellas, y una vez más los cielos declaran de hecho la gloria de Dios, y el firmamento muestra la obra de Sus manos. Antes que carecer de predicadores del Dios encarnado, los montes y las colinas aprenderían elocuencia y prorrumpirían en testimonios. El mensaje de Jehová será dado a conocer hasta los últimos confines de la tierra. Dios tendrá a Sus elegidos. Él hará que Cristo vea el fruto de la aflicción de Su alma y quede satisfecho. Su consejo permanecerá y ejecutará Su voluntad. ¡Aleluya!

Ahora bien, cuando el Señor usa a una estrella como Su ministro, ¿cuál es el encargo para su ministerio? Podemos aprender mediante esta pregunta qué tipo de ministerio quiere Dios que sea el nuestro si somos estrellas en Su diestra. Nosotros brillamos también como luces en el mundo; veamos cómo hacerlo.

Notamos, primero, que la predicación de las estrellas es *integralmente acerca de Cristo.* No sabemos cuál era el color de la estrella, ni la forma de la estrella, ni qué magnitud había alcanzado; esos elementos no son consignados, pero lo que sí está registrado es de mucha mayor importancia; los sabios dijeron: "*Su* estrella hemos visto." Entonces la estrella que el Señor usará para conducir a los seres humanos a Jesús tiene que ser la propia estrella de Cristo. El ministro fiel, igual que esta estrella, le pertenece a Cristo; es un varón de Cristo en el sentido más enfático. Antes de que podamos esperar ser convertidos en una bendición, queridos amigos, nosotros mismos tenemos que ser bendecidos por el Señor. Si queremos ser la causa de que otros pertenezcan a Jesús, nosotros mismos tenemos que pertenecer enteramente a Jesús. Cada rayo de esa estrella brillaba para Jesús. Era *Su* estrella, constantemente y exclusivamente y completamente. No brillaba para sí misma, sino solamente como *Su* estrella; como tal era conocida y así se hablaba de ella: "Su estrella hemos visto." Tal como ya he dicho, no se señala que tuviera ninguna peculiaridad excepto esta: que era la estrella del Rey.

Yo desearía que ustedes y yo, sin importar cuáles pudieran ser nuestras excentricidades o nuestras personalidades, no hagamos nunca algo tan grande de ellas como para atraer hacia ellas la atención de los hombres. Que la gente no se fije nunca en nuestros logros o en nuestras deficiencias, sino que observen siempre esta única cosa: que somos varones de Dios, que somos embajadores de Cristo, que somos siervos de Cristo, y que no intentamos brillar por nosotros mismos, o hacernos conspicuos, sino que trabajamos arduamente para brillar para Él, para que Su camino sea conocido en la tierra como también Su salud salvadora en todas las naciones.

Hermano, es bueno que nos olvidemos de nosotros mismos en nuestro mensaje y que nos sumerjamos en nuestro Señor. Conocemos los nombres de varias estrellas, y con todo, cada una de ellas podría envidiar a aquella estrella que permanece anónima pero que no puede ser olvidada jamás porque los varones que buscaban al Rey de Israel la conocían como "*Su* estrella." Aunque tú seas sólo una estrella muy pequeñita que titila por Jesús, por débil que sea tu luz, que quede claro que tú eres *Su* estrella de tal manera que si los hombres se preguntaran *qué* eres tú, no se puedan preguntar nunca de quién eres, pues en tu misma frente estará escrito: "De quién soy y a quién sirvo." Dios no conducirá a los hombres a Cristo por nuestro medio a menos que seamos de Cristo de corazón, integralmente y sin reservas. Nuestro Señor no usa utensilios pres-

tados en Su templo; cada tazón delante del altar ha de ser Suyo. No es consistente con la gloria de Dios que use vasos prestados. No es tan pobre como para eso. Esta lección es digna de toda aceptación. ¿Tienes prisa de predicar, jovencito? ¿Estás seguro de que le perteneces a Cristo? ¿Piensas que es algo bueno contar con un grupo de personas que oigan tus palabras? ¿Lo has visto bajo otra luz? ¿Has sopesado la responsabilidad de tener que hablar como Cristo quisiera que hablaras, y de que te entregues con tu personalidad integral a la expresión de la mente de Dios? Tienes que estar consagrado y concentrado si esperas ser usado por el Señor. Ya sea que tengas un rayo o diez mil rayos, todos deben brillar con el designio de guiar a los hombres a Jesús. Tú no tienes ahora nada que ver con ningún objeto, sujeto, designio o esfuerzo que no sea únicamente Jesús; tienes que vivir a partir de ahora en Él, y por Él y para Él, o nunca serás escogido por el Señor para conducir a Jesús ya sea a varones sabios o a bebés. Mira bien que tengas la consagración perfecta.

Noten a continuación que la verdadera predicación de la estrella *conduce a Cristo.* La estrella era la propia estrella de Cristo, pero también condujo a otros a Cristo. Lo hizo en gran medida porque se movía en esa dirección. Es algo triste cuando un predicador es como un poste de señales que indica el camino pero que nunca lo sigue personalmente. Así eran esos principales sacerdotes en Jerusalén; podían decir dónde había nacido Cristo, pero no fueron nunca a adorarle; eran completamente indiferentes a Él y a Su nacimiento. La estrella que conduce a Cristo tiene que estar yendo siempre a Cristo. Los hombres son mucho más atraídos por el ejemplo que cautivados por la exhortación. Sólo la piedad personal es reconocida por Dios para la producción de piedad en otros. "Vayan," les dices tú, pero ellos no quieren ir. Diles: "Vengan," y dirige tú el camino y entonces vendrán. ¿Acaso las ovejas no siguen al pastor? Quien quiera conducir a otros a Cristo tiene que ir delante de ellos, y poner su rostro en dirección a su Maestro, sus ojos hacia su Maestro, sus pasos hacia su Maestro y su corazón hacia su Maestro. Debemos vivir de tal manera que podamos, sin jactarnos, instar a quienes nos rodean a que nos tengan como ejemplo. Oh, que todos los que consideren que son estrellas se muevan ellos mismos diligentemente en dirección al Señor Jesús. La estrella en el oriente condujo a los magos a Cristo porque ella misma iba en esa dirección; en el ejemplo hay una sabiduría que los hombres verdaderamente sabios perciben pronto. Esta estrella tuvo tal influencia sobre los hombres escogidos que no podían evitar seguirla; los embelesó a través del desierto. Un embeleso semejante puede residir en ti y en mí, y nosotros podemos ejercer un poderoso ministerio sobre muchos corazones si somos como imanes para ellos que los atraigan al Señor Jesús. ¡Dichoso privilegio! No quisiéramos mostrar simplemente el camino, sino inducir a nuestros vecinos a tomarlo. Leemos acerca de alguien en la an-

tigüedad, no que le hablaran de Jesús, sino que "lo trajeron a Jesús." Nosotros no sólo hemos de contar la historia de la cruz, sino que hemos de persuadir a los hombres a que acudan presurosamente al Crucificado para salvación. ¿No dijo acaso a sus siervos el rey en la parábola: "Fuérzalos a entrar"? Ciertamente Él ciñe a Sus propios mensajeros con tal poder impelente que los hombres no pueden resistirse por más tiempo, sino que tienen que seguir su guía y postrarse a los pies del Rey. La estrella no atraía "por decirlo así como con coyundas de carreta," ni por medio de alguna fuerza material y física; con todo, atrajo a los magos desde el remoto oriente hasta el pesebre del niño que había nacido. Y así, aunque no tenemos ningún brazo de la ley que nos ayude, ni ningún patrocinio, ni pompa de elocuencia, ni alarde de aprendizaje, tenemos un poder espiritual gracias al cual atraemos a Jesús a miles de personas que son nuestro gozo y corona. El hombre enviado por Dios sale de la presencia divina permeado con un poder que hace que los hombres se vuelvan al Salvador y vivan. ¡Oh!, que tal poder pudiera salir de todos los ministros de Dios, sí, de todos los siervos de Dios involucrados en la predicación en las calles, en las escuelas dominicales, en la distribución de tratados, y en toda forma de santo servicio. Dios usa a aquellos que tienen el propósito y la intención de atraer a los hombres a Cristo. Él infunde Su Espíritu en ellos, y son ayudados por ese Espíritu para proclamar al Señor Jesús como Alguien tan precioso y deseable que los hombres corren a Él y aceptan Su gloriosa salvación. Brillar es poca cosa, pero atraer es algo grande. Cualquier proscrito puede ser brillante; pero únicamente el verdadero santo podrá atraer a la gente a Jesús. Yo no oraría pidiendo ser un orador, pero sí ruego pidiendo ser un ganador de almas. Amados hermanos, no apunten a nada que no sea conducir a los hombres a Jesús. No se contenten con conducirlos a una doctrina ortodoxa, o a llevarlos meramente a una creencia en esas convicciones que ustedes sostienen que son de la Escritura, valiosas como pudieran ser. Es a la persona del Dios encarnado que tenemos que llevarlos; a Sus pies debemos conducirlos para que le adoren; nuestra misión no está cumplida y sería más bien un fracaso total, si no conducimos a nuestros oyentes a la casa donde Jesús mora, y si luego no estamos pendientes de ellos, vigilando sus almas por causa de Jesús.

Además, la estrella que Dios usó en este caso era una estrella que *se detuvo en Jesús;* fue delante de los magos hasta que los llevó a Jesús y luego se quedó quieta sobre el lugar donde el tierno infante se encontraba. Yo admiro el comportamiento de esta estrella. Hay estrellas notables en el cielo teológico en el momento presente; han conducido a los hombres a Jesús, eso dicen ellos, y ahora los conducen a regiones más lejanas donde se encuentra un pensamiento inexplorado todavía. El evangelio de los puritanos es "anticuado" y esos individuos han descubierto que es inapropiado para los engrandecidos intelectos de los tiempos, y así

esas estrellas quisieran guiarnos más adelante todavía. Yo no pertenezco a este orden de estrellas errantes, y confío no pertenecer nunca: El progreso más allá del Evangelio no es algo que yo desee. "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo." Cuando la estrella hubo llegado al lugar donde estaba el tierno infante, se quedó detenida, y de igual manera la mente piadosa debe quedarse establecida, fija, inconmovible. Los magos sabían dónde encontrar esa estrella, y dónde encontrar al tierno niño por medio de ella; que así sea con nosotros. Oh, ustedes que hasta aquí han sido diligentes conduciendo a las almas a Cristo, nunca entretengan ni por un instante la idea de que necesitan una filosofía más especulativa o una espiritualidad más profunda de las que han de ser encontradas en Jesús. Quédense en Él. Clamen: "Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto." No hay nada más allá de Cristo que sea digno de que lo consideremos ni siquiera por un instante. No pierdan su paraíso en Cristo por querer probar otra vez del árbol del conocimiento del bien y del mal que arruinó a nuestros primeros padres. Aférrense a los viejos puntos: que Cristo sea su único tema, que llevar a los hombres a Cristo sea su único propósito, que la gloria de Cristo sea la única gloria de ustedes. Quedándote junto a tu Señor, y únicamente allí, desde ahora y hasta el último día, garantizarás una vida dichosa, honrosa y santa. Decían de Grecia, después de su caída, que había quedado tan devastada que podrías buscar a Grecia en Grecia sin poder encontrarla; me temo que tengo que decir que algunos individuos que profesan ser predicadores del evangelio han merodeado tan lejos de él que no puedes encontrar al Evangelio en su evangelio, ni al propio Cristo en el Cristo que predican. Tan lejos se han apartado de la grandiosa verdad esencial que salva a las almas, más allá de la cual nadie debería atreverse a querer ir, que no retienen nada del cristianismo excepto el nombre. Todo lo que está más allá de la verdad es una mentira; cualquier cosa que esté más allá de la revelación, es en el mejor de los casos un asunto nimio, y más probablemente se trata de una fábula de viejas matronas, aun cuando quien la inventó pudiera pertenecer al género masculino. No abandones tus colores, tú que esperas ser usado por el Señor. Has de permanecer siendo de tal manera que los hombres te encuentren dentro de veinte años brillando por Jesús y señalando el lugar donde el Salvador ha de ser encontrado, tal como lo estás haciendo ahora. Que Jesucristo sea tu ultimátum. Tu obra está concluida cuando llevas las almas a Jesús, y ayudas a mantenerlas allí porque tú mismo eres "firme, inconmovible." No debes desprenderte de la esperanza de tu llamamiento, sino que debes retener la forma de las sanas palabras, pues pudiera ser que si dejas ir la forma pudieras perder también la sustancia.

II. Ahora que nos hemos alegrado de alguna manera con la luz de la estrella, veamos si podemos EXTRAER SABIDURÍA DE LOS MAGOS. Tal

vez hayan oído de la "mucha plática" de la tradición respecto a quiénes eran, de dónde venían, y cómo viajaron. En la iglesia griega, yo creo, saben su número, sus nombres, el carácter de su séquito, y qué tipo de ornamentos había en los cuellos de sus dromedarios. Ustedes pueden optar por creer o descartar los detalles que no se encuentran en la palabra de Dios, según les parezca, y serían sabios si optaran por no creer demasiado. Nosotros sólo sabemos que eran unos magos, unos sabios del oriente, posiblemente seguidores de la vieja religión parsi, estudiosos si no es que adoradores de las estrellas. No vamos a especular respecto a ellos, sino que vamos a aprender de ellos.

No se contentaron con admirar a la estrella y compararla con otras estrellas, ni con tomar notas en cuanto a la fecha exacta de su aparición, y cuántas veces titiló, y cuándo se movió, y todo eso, sino que *pusieron en práctica la enseñanza de la estrella.* Muchos son oyentes y son admiradores de los siervos de Dios, pero no son lo suficientemente sabios para hacer un uso adecuado y apropiado de la predicación. Notan la peculiaridad del lenguaje del predicador, cuánto se parece a algún teólogo y cuánto difiere de otro teólogo; si tose con demasiada frecuencia o si su voz es demasiado gutural; si habla gritando o muy bajito; si no tiene un acento provincial, si no hay en él un lenguaje muy común que se aproxima a la vulgaridad; o, por otro lado, si no es demasiado florido en su dicción. Tonterías como esas son las observaciones constantes de algunos seres humanos por cuyas almas laboramos. Ellos están pereciendo, y sin embargo, están jugando con esos asuntos tan insignificantes. Eso es todo para lo que van a la casa de Dios muchas personas: van para criticar de esa miserable manera. Incluso los he visto venir a este lugar con binoculares de ópera, como si vinieran aquí para inspeccionar a un actor que viviera y trabajara para divertir sus ratos de ocio. Tal es el deporte de los necios; pero estos varones eran hombres sabios, y por tanto, eran varones prácticos. No se volvieron observadores de las estrellas, y no se quedaron en el punto de admirar a la notable estrella, sino que dijeron: "¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos para adorarle." Se dedicaron de inmediato a encontrar al Rey recién nacido, de cuya venida era la señal la estrella.

¡Oh, mis queridos oyentes, cómo deseo que todos ustedes sean sabios de esta misma manera! Yo preferiría predicar el sermón más insulso que haya sido predicado jamás, que predicar el discurso más brillante que haya sido pronunciado alguna vez, si por medio de ese pobre sermón pudiera conducirlos muy lejos de mí para buscar al Señor Jesucristo. Esa es la única cosa que me preocupa. ¿No me darán gusto jamás preguntando por mi Señor y Maestro? Anhelo oírles decir: "¿De qué está hablando este varón? Habla de un Salvador; queremos tener a ese Salvador. Habla respecto a un perdón por medio de la sangre de Cristo; habla

de que Dios descendió entre los hombres para salvarlos; vamos a descubrir si hay alguna realidad en este perdón, alguna verdad en esta salvación. Buscaremos a Jesús, y buscaremos para nosotros las bendiciones que se declara que están guardadas en Él." Si los oyera a todos ustedes diciendo eso yo estaría dispuesto a morir de gozo.

¿Acaso no es éste un buen día para que empiecen a encontrar a su Salvador? Algunos de ustedes han pospuesto esto por largo tiempo, ¿no sería bueno que empezaran de inmediato antes que este año agonizante hubiere visto su último día? Estos sabios parecieran haberse puesto en camino tan pronto como descubrieron a la estrella; no eran de los que tienen tiempo que desperdiciar en demoras innecesarias. "Allí está la estrella," dijeron; "partimos bajo su guía. ¡No estamos satisfechos con una estrella; vamos a encontrar al Rey que es el dueño de la estrella!" Y así se dieron a la tarea de encontrar a Cristo de manera inmediata y resuelta.

Siendo sabios, *perseveraron en su búsqueda del Rey.* No podríamos decir qué distancia recorrieron. Los viajes eran extremadamente complicados en aquellos tiempos. Tenían que evadir tribus hostiles, tenían que atravesar anchos ríos como el Tigris y el Éufrates, y tenían que penetrar en desiertos inexplorados; pero para ellos no había ninguna dificultad o peligro. Salieron con rumbo a Jerusalén, y a Jerusalén llegaron, buscando al rey de los judíos. Si es cierto que Dios ha asumido nuestra naturaleza, deberíamos decidir encontrarlo, sin importar cuál sea el costo. Si tenemos que circunnavegar el globo para encontrar a un Salvador, la distancia y el costo no deberían ser nada en tanto que podamos llegar a Él. Si el Cristo estuviera en las entrañas de la tierra, o en las cimas del cielo no deberíamos descansar hasta llegar a Él. Los sabios juntaron pronto todo lo que era necesario para su expedición, sin importar los gastos, y partieron siguiendo a la estrella para descubrir al Príncipe de los reyes de la tierra.

Después de un tiempo llegaron a Jerusalén y allí los esperaban nuevas pruebas. Debe de haber sido un grave problema para ellos que preguntaran: "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?," y la gente meneara su cabeza como si pensaran que la pregunta era necia. Ni los ricos ni los pobres en la ciudad metropolitana sabían nada acerca del Rey de Israel. La multitud procaz replicó: "Herodes es el rey de los judíos. Fíjate cómo hablas de otro rey, o tu cabeza podría tener que responder por ello. El tirano no tolera ningún rival." Los magos deben de haber estado más asombrados todavía cuando vieron que Herodes estaba turbado. Les alegraba pensar que había nacido el que iba a introducir la edad de oro; pero la faz de Herodes se ensombreció más que nunca ante la simple mención de un rey de los judíos. Sus ojos echaron chispas y una nube de tormenta cubrió su frente; un sombrío acto de matanza iba a resultar de eso, aunque por el momento él ocultara su malicia. Hay un tumulto a lo largo de todas las calles de Jerusalén, pues nadie sabe lo que

el siniestro Herodes pudiera hacer ahora que ha sido alertado por la pregunta: "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?" Así se produjo un fermento en Jerusalén que comenzó en el palacio; pero eso no detuvo a los magos en su búsqueda del Príncipe prometido. No empacaron sus maletas ni regresaron diciendo: "Es inútil tratar de descubrir este cuestionable personaje que es desconocido aun en el país del cual es Rey, y que pareciera ser terriblemente rechazado por quienes han de ser Sus súbditos. Debemos dejar para otro día la solución de la pregunta: '¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?'"

Aquellos buscadores de mentes resueltas no se desanimaron por los clérigos ni los eruditos cuando se juntaron con ellos. A los principales sacerdotes y a los escribas se les hizo la pregunta, y ellos la respondieron en lo que respecta a dónde nacería Cristo, pero absolutamente nadie quiso acompañar a los magos para encontrar al Rey que había nacido. ¡Extraña apatía! ¡Ay, cuán común es! Esos que debían haber sido líderes no cumplieron con su papel; no querían ser ni siquiera seguidores de lo que es bueno, pues no sentían ningún entusiasmo por Cristo. Los magos superaron este serio desánimo. Si los clérigos no querían ayudarlos, ellos irían a Jesús por sí solos. Oh, querido amigo, si eres sabio, dirás: "Voy a encontrar yo solo a Jesús aunque nadie se una a mí; aunque tuviera que cavar hasta el centro de la tierra, lo voy a encontrar; aunque tuviera que volar hasta el sol, lo voy a encontrar; aunque todos los hombres me abandonen, yo lo voy a encontrar; aunque los ministros del Evangelio me parezcan indiferentes, yo lo voy a encontrar; el reino de los cielos desde tiempos antiguos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan, y eso haré yo." Los primeros cristianos tenían que dejar atrás a todos los maestros autorizados del día y salir solos; no sería nada extraño que tuvieras que hacer lo mismo. Qué dicha será que estés resuelto a atravesar las corrientes y las llamas para encontrar a Cristo, pues lo encontrarás. Entonces aquellos hombres eran sabios porque habiendo iniciado la búsqueda, perseveraron en ella hasta que encontraron al Señor y le adoraron. Noten que eran sabios porque cuando vieron a la estrella de nuevo, *"se regocijaron con muy grande gozo."* Mientras preguntaban entre los sacerdotes de Jerusalén, estaban perplejos, pero cuando la estrella brilló de nuevo, volvieron a estar tranquilos y se llenaron de dicha y expresaron ese gozo, de tal manera que el evangelista lo dejó registrado. En estos días, individuos muy sabios piensan que es necesario reprimir toda emoción, y dan la impresión de ser hombres de piedra o de hielo. Sin importar lo que suceda son estoicos y están muy por encima del entusiasmo de la gente vulgar. Es asombroso cómo cambian las modas, y la locura toma el lugar de la filosofía. Pero esos magos eran lo suficientemente infantiles como para estar alegres cuando su perplejidad se extinguió y la clara luz resplandeció. Es una buena señal cuando un hombre no se avergüenza de ser dichoso porque oye un testimonio claro e inconfundible sobre el

Señor Jesús. Es bueno ver al gran hombre descender de su pedestal, y, cual tierno niño, que se regocije al oír la simple historia de la cruz. Denme al oyente que no busca galas, sino que clama: "Condúceme a Jesús. Necesito un guía que me lleve a Jesús, y ninguna otra cosa me satisfará." Vamos, ciertamente, si los hombres conocieran el valor de las cosas, se regocijarían más al ver a un predicador del Evangelio que a un rey. Si los pies de los heraldos de la salvación son bendecidos, cuánto más sus lenguas cuando declaran las buenas nuevas de un Salvador. Aquellos magos, con todos sus conocimientos místicos, no se avergonzaban de regocijarse porque una diminuta estrella les prestara sus rayos para conducirlos a Jesús. Nos unimos a ellos en el regocijo por causa de un claro ministerio evangelístico. Para nosotros todo lo demás es oscuridad, aflicción y vejación de espíritu; pero lo que nos conduce a nuestro propio glorioso Señor es espíritu, y luz y vida. Es preferible que el sol deje de brillar en vez de que no se predique un claro Evangelio. Estimamos que un país prospera o se desmorona según la luz del Evangelio sea revelada o retirada.

Ahora avancen con los magos. Ellos han llegado a la casa donde se encuentra el tierno niño. ¿Qué es lo que harán? ¿Se quedarán viendo a la estrella? No; *ellos entran.* La estrella se queda quieta pero ellos no temen perder su resplandor si pueden contemplar al Sol de justicia. No exclamaron: "Vemos la estrella, y eso nos basta; hemos seguido a la estrella y eso es todo lo que necesitamos hacer." Para nada. Levantan el pestillo y entran en la humilde residencia del bebé. Ya no ven más a la estrella y no tienen ninguna necesidad de verla, pues allí está Aquel que es el rey de los judíos que ha nacido. Ahora la verdadera Luz ha resplandecido sobre ellos en el rostro del niño; ahora contemplan al Dios encarnado. ¡Oh, amigos!, cuán sabios serán ustedes si, una vez que hayan sido conducidos a Cristo por cualquier varón, no descansan en su liderazgo sino que tienen que ver a Cristo por ustedes mismos. Cuánto anhelo que puedan entrar en la comunión del misterio, que atraviesen la puerta, y entren y contemplen al tierno niño y se postren delante de Él. Nuestra aflicción es que tantas personas sean tan poco sabias. Nosotros sólo somos sus guías, pero esas personas son propensas a convertirnos en su fin. Nosotros indicamos el camino, pero ellos no siguen el camino; se quedan mirándonos. La estrella se ha esfumado; hizo su trabajo y desapareció; Jesús permanece y los sabios viven en Él. ¿Será tan necio alguno de ustedes como para pensar únicamente en el predicador que perece y olvidar al Salvador que vive para siempre? Vamos, sean sabios, y apresúrense a ir a su Señor de inmediato.

Por último, esos eran hombres sabios—y yo les recomiendo su ejemplo—porque cuando vieron al niño *ellos le adoraron.* La suya no era una curiosidad satisfecha, sino una devoción cumplida. Nosotros debemos adorar también al Salvador o no seremos nunca salvados por Él. Él no

ha venido para quitar nuestros pecados, y a pesar de ello, dejar que sigamos siendo impíos y obstinados. ¡Oh, ustedes que no han adorado nunca al Cristo de Dios, que fueran conducidos a hacerlo de inmediato! ¡Él es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos, adórenle! ¿Fue visto Dios en esa venerable forma anteriormente? He aquí, Él inclina los cielos; cabalga sobre las alas del viento; esparce flamas de fuego; Él habla y Su terrible artillería conmueve los montes; tú adoras en terror. ¿Quién no adoraría al grandioso y terrible Jehová? ¿Pero no es mucho mejor contemplarlo aquí, aliado a tu naturaleza, envuelto en pañales como otros niños, tierno, débil, un pariente cercano a ti mismo? ¿No adorarás a Dios cuando desciende a ti de esa manera y se convierte en tu hermano, nacido para tu salvación? Aquí la naturaleza misma sugiere adoración: ¡oh, que la gracia la produzca! Apresurémonos a adorar en donde los pastores y los magos y los ángeles han guiado el camino.

Aquí debemos hacer que mi sermón haga una pausa tal como lo hizo la estrella. ¡Entren en la casa y adoren! Olviden al predicador. Que la luz de la estrella alumbre otros ojos. Jesús nació para que tú puedas nacer de nuevo. Él vivió para que tú puedas vivir. Él murió para que tú puedas morir al pecado. Él resucitó y hoy hace intercesión por los transgresores para que puedan ser reconciliados con Dios a través de Él. ¡Vengan, entonces; crean, confíen, regocíjense, adoren! Si no tienen ni oro, ni incienso, ni mirra, traigan su fe, su amor, su arrepentimiento, y postrados delante del Hijo de Dios, ríndanle la reverencia de sus corazones.

III. Y ahora voy a mi tercero y último punto, que es: ACTUEMOS COMO VARONES SABIOS BAJO LA LUZ DE NUESTRA ESTRELLA. Nosotros también hemos recibido luz para que nos conduzca al Salvador; podría decir que para nosotros muchas estrellas han brillado con ese bendito objetivo. Sin embargo, sobre ese punto voy a contentarme con hacer unas preguntas.

¿No creen que haya alguna luz para ustedes en su vocación particular, algún llamamiento de Dios en el llamamiento de ustedes? Escúchenme y luego escuchen a Dios. Esos varones eran observadores de las estrellas; por tanto, una estrella fue utilizada para llamarlos. Poco tiempo después, algunos otros varones eran pescadores, y por medio de una asombrosa captura de peces el Señor Jesús los hizo conscientes de Su poder superior, y luego los llamó para que se volvieran pescadores de hombres. Para un observador de las estrellas, lo mejor es una estrella; para un pescador, lo mejor es un pez. El Maestro-Pescador tiene una carnada para cada uno de Sus elegidos y con mucha frecuencia Él selecciona un punto en el propio llamamiento de ellos para que sea la punta del anzuelo. ¿Estabas ocupado ayer detrás de tu mostrador? ¿No oíste ninguna voz que te dijera: "Compra la verdad, y no la vendas"? Cuando cerraste la tienda anoche ¿no pensaste que pronto tendrás que cerrarla por última vez? ¿Haces pan y no te preguntas nunca: "ha comido mi alma el pan del cie-

lo?" ¿Eres un hacendado? ¿Labras la tierra? ¿No te ha hablado nunca Dios por medio de esos campos atravesados por surcos y estas cambiantes estaciones, y no te ha hecho desear que tu corazón sea labrado y sembrado? ¡Escucha! ¡Dios está hablando! Oye, tú que eres sordo, pues hay voces por doquier llamándote al cielo. No necesitas recorrer muchas millas para encontrar un vínculo entre ti y la misericordia sempiterna; los cables telegráficos están a ambos lados del camino, Dios y las almas de los hombres están cercanos. Cómo deseo que su vocación común pudiera ser vista por ustedes como ocultando en su interior la puerta para su excelsa vocación. Oh que el Espíritu Santo convirtiera sus ocupaciones favoritas en oportunidades para Su obra de gracia en ustedes. Si no entre las estrellas, sí entre las flores del jardín, o el ganado de los montes, o las olas del mar, que encuentre Él una red que los encierre para Cristo. Yo deseo que aquellos de ustedes que concluyan que su llamamiento no podría llevarlos nunca a Cristo, se esmeraran en ver si no pudiera ser así. Hemos de aprender de las hormigas, y de las golondrinas, y de las grullas y de los conejos; ciertamente nunca debemos quedarnos cortos de tutores. Parecía que una estrella hubiese sido realmente algo improbable para que encabezara una procesión de magos orientales, y con todo, fue la mejor guía que se hubiera podido encontrar; y así pudiera parecer que es algo improbable que tu oficio te lleve a Jesús, y sin embargo, el Señor podría usarlo para eso. Pudiera haber un mensaje del Señor para ti en muchas providencias siniestras; una voz para darte sabiduría pudiera llegarte del hocico de un asno; un llamado a una vida santa podría sorprenderte desde un arbusto, una advertencia podría destellar sobre ti desde una pared, o una visión podría impresionarte en el silencio de la noche cuando el sueño profundo cae sobre los hombres. Sólo tienes que estar listo a oír y Dios encontrará la manera de hablarte. Responde la pregunta a la manera como los sabios la habrían respondido, y di: "Sí, en nuestro llamamiento hay un llamado a Cristo."

Entonces, *¿qué podríamos hacer mejor ustedes y yo en esta vida que buscar a Cristo?* Los magos pensaban que cualquier otra empresa era sin importancia comparada con esta. "¿Quién va a asistir a ese observatorio y contemplar el resto de las estrellas?" Ellos mueven sus cabezas, y responden que no saben; esas cosas deben esperar; han visto *Su* estrella y se aprestan a adorarle. Pero, ¿quién atenderá a sus esposas y familias, y todo lo demás, mientras realizan este largo viaje? Ellos replican que cualquier cosa menor ha de subordinarse a todo lo superior. Los asuntos deben valorarse en su debida proporción, y la búsqueda del rey de los judíos, quien es el deseo de todas las naciones, es tan grande más allá de toda proporción que todo lo demás pasa a un segundo plano. ¿No eres tú también lo suficientemente sabio para juzgar de esta misma manera sensible? ¿No piensan, queridos amigos, que sería bueno usar todo el día de mañana para buscar a Jesús? Será un día feriado, ¿podrías pasarlo me-

jor que buscando a tu Redentor? Si fueras a tomar una semana, y entregarla enteramente a tu propia alma buscando a Cristo, ¿no estaría bien invertida? ¿Cómo puedes vivir con tu alma en peligro? Oh, que dijeras: "Tengo que entender muy bien esto; es un asunto sobremanera importante, y tengo que verlo alcanzado." Esto no sería más que puro sentido común. Si estás manejando un carruaje y se rompieran los arreos, ¿no detendrías el caballo, y arreglarías el arnés? ¿Cómo, entonces, puedes seguir con el carro de la vida cuando todo su arnés es inservible y una caída significa tu ruina eterna? Si dejas de conducir para arreglar un cinturón por miedo de un accidente, yo te pediría que detengas cualquier cosa y todas las cosas para ocuparte de la seguridad de tu alma. Mira cómo revisa el ingeniero la válvula de seguridad; ¿estás contento de correr unos riesgos más peligrosos? Si tu casa no estuviera asegurada y realizaras una actividad riesgosa, la probabilidad es que te sentirías extremadamente ansioso mientras no hubieras arreglado ese asunto; pero tu alma no está asegurada y podría arder perennemente, ¿no le prestarás atención a eso? Yo te suplico que seas justo contigo mismo, que seas amable contigo mismo. ¡Oh!, ocúpate de tu bienestar eterno. No tienes certeza de que llegarás a casa para cenar esta noche. La vida es frágil como una telaraña. ¡Podrías estar en el infierno antes de que tu reloj dé la una! Recuerda eso. No hay ni un paso entre tú y la separación eterna de la presencia de Dios si todavía no has sido regenerado; y tu única esperanza es encontrar al Salvador, confiar en el Salvador, obedecer al Salvador. Por tanto, igual que estos magos, haz todo a un lado, y comienza a hacer ahora un esfuerzo sincero, decidido y perseverante para encontrar a Jesús. Estaba a punto de decir: resuelve encontrar a Jesús o morir; pero voy a cambiar las palabras, y voy a decir: resuelve encontrarlo a Él y vivir.

Cuando lleguemos cerca de Jesús hagámonos esta pregunta: *"¿Vemos más en Jesús de lo que ven otras personas?,"* pues si lo hacemos, somos elegidos de Dios, instruidos por Dios, iluminados por Su Espíritu. Leemos en las Escrituras que cuando estos magos vieron al tierno niño, se postraron y le adoraron. Otras personas podrían haber entrado y podrían haber visto al niño y haber dicho: "Muchos niños son tan interesantes como el bebé de esta pobre mujer." Sí, pero cuando esos varones miraron, ellos *vieron:* no todos los ojos son tan bendecidos. Los ojos que ven son dones del Ser que todo lo ve. Los ojos carnales son ciegos; pero estos varones vieron al Infinito en el infante; la Deidad resplandeciendo a través de la humanidad; la gloria ocultándose en unos pañales. ¡Sin duda había un esplendor espiritual respecto a este niño sin par! Leemos que el padre y la madre de Moisés vieron que "era hermoso"; vieron que era "hermoso para Dios," dice el original. Pero cuando estos varones elegidos vieron ese santo ser que es llamado el Hijo del Altísimo, descubrieron en Él una gloria completamente desconocida hasta ese momento. Entonces

Su estrella iba en ascenso para ellos. Él se convirtió en su todo en todo, y ellos le adoraron de todo corazón. ¿Has descubierto tal gloria en Cristo? "¡Oh!"—dice alguien—"siempre estás tocando el arpa respecto a Cristo y Su gloria. ¡Tú eres un hombre de una sola idea! Precisamente es así. Mi única idea es que Él es "todo codiciable," y que no hay nada fuera del cielo que sea comparable a Él, aun en Su estado más humilde y débil. ¿Has visto alguna vez algo como eso en Jesús? Si así fuera, eres del Señor; anda, y regocíjate en Él. Si no fuera así, pídele a Dios que abra tus ojos hasta que, como los magos, veas y adores.

Por último, aprendan de estos magos que cuando ellos adoraron no permitieron que fuera una mera adoración con las manos vacías. Pregúntate: *"¿Qué le entregaré al Señor?"* Postrados delante del tierno niño, ofrecieron "oro, incienso y mirra," lo más selecto de los de los metales y lo más selecto de las especias; una ofrenda de oro para el Rey; una ofrenda de incienso para el sacerdote; una ofrenda de mirra para el niño. Los sabios son hombres liberales. La consagración es la mejor educación. Hoy se piensa que ser sabio es estar siempre recibiendo; pero el Salvador dijo: "Más bienaventurado es dar que recibir." Dios juzga nuestros corazones por aquello que proviene espontáneamente de ellos; de aquí que la caña aromática comprada por dinero es aceptable para Él cuando es ofrecida libremente. Él no sobrecarga a Sus santos ni los hace fatigar con incienso, antes bien se deleita viendo en ellos ese amor que no puede expresarse con simples palabras, sino que tiene que usar oro y mirra, obras de amor y actos de abnegación que sirven de emblemas de su gratitud.

Hermanos, ustedes no van a penetrar nunca en el corazón de la dicha mientras no se vuelvan abnegados y generosos; ustedes solamente han mascado las cáscaras de la religión que a menudo son amargas, pero no han comido nunca de la dulce semilla mientras no hayan sentido el amor de Dios que los constriñe a hacer un sacrificio. No hay nada al alcance del verdadero creyente que no haría por su Señor, nada en nuestra riqueza que no le daríamos a Él, nada en nosotros mismos que no dedicaríamos a Su servicio.

¡Que Dios les dé a todos ustedes la gracia para venir a Jesús, aun cuando sea por medio de la luz estelar de este sermón, por amor de Su nombre! Amén.

http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html
Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.
Sermon #1698—Volume 29
THE STAR AND THE WISE MEN